

LA SEÑORA

Carlos Cuevas

Carlos A. Cuevas



La Señora

Capítulo 1

La historia que hoy, voy a contarte, no me ocurrió a mi. Pero ocurrió.

Fue hace mucho tiempo. Me la narró un señor muy, muy, anciano que hoy... ¿debe tener...? ¡Más de ciento setenta años! ¿Qué no es posible...? Mejor, escucha la historia.

Ocurrió una noche de diciembre de 1950. Una noche horrible, fría, lluviosa.

El edificio donde transcurre la historia, ya era viejo por aquellos años. ¡Viejo y glamoroso! Con escaleras de mármol, blanco y brillante, que relucían cada vez que el reflejo de un relámpago osaba atravesar los ventanales del palier.

Los pisos, siempre brillantes y limpios, eran de granito marmolado apenas rosado, decorado con finos adornos de bronce que fileteaban elegantemente figuras "art decó".

Como no podía ser de otra manera, el ascensor del edificio, el único que tenía, era tanto o más bello que el resto de las cosas de ese hermoso edificio. Todo de hierro forjado, con elegantes y voluptuosas rejas transparentes, y figuras decorativas, bellísimas, que parecían ser parte de una extraño laberinto de arabescos animados.

En este maravilloso ascensor es donde se encuentran, por única vez, los protagonistas de esta historia. ¿Comienzas a interesarte? Pues entonces, continúa...

—Pase usted señora. —Dijo galantemente Raúl, mientras con un gesto de sus manos invitaba, a la mujer, a entrar en el ascensor.

La señora era algo mayor, elegante y bella. Muy alta. De rasgos finos y mirada profunda e inquietante.

Raúl, era medianamente joven. Alto, apuesto, bien educado y con una simpatía envidiable.

—Qué noche horrible ¿No? —dijo cortezmente Raúl.

—Es cierto, aunque... de alguna manera me atraen las tormentas
—Contestó tímidamente la señora.

—¿En serio? Bueno... a decir verdad, a mi también me gustan las

tormentas.

—¿Pero no dijo usted, que la noche era horrible?

Raúl se sonrojó y confesó:

—Es cierto, pero sólo lo hice para comenzar esta conversación. Y dije lo que, en general, dicen todos cuando hay tormentas.

—En ese preciso instante cruzaron, por primera vez entre ellos, una mirada franca y seductora. Que se fundió suavemente en la sincera sonrisa que brilló en los labios de ambos. Labios trémulos de calor y de pasión.

—¿Vive usted en este edificio? Juraría que no la he visto nunca antes. No olvidaría un rostro tan bello—Dijo Raúl, con indisimulada y seductora curiosidad.

Ella volvió a sonreírle, con esa sonrisa fascinante y mágica, que él estaba esperando.

—No. No vivo aquí. Solo vengo a buscar a un amigo.

La señora pareció sentirse incómoda con la respuesta y desvió su mirada hacia el piso.

—Yo tampoco vivo aquí. He venido a ver a mi padre que...

En ese preciso instante el ascensor se detuvo repentinamente y las luces se apagaron. El edificio quedó en completa oscuridad, solo pincelada, de tanto en tanto, por el brillo de algún relámpago furtivo.

—No tema —Dijo Raúl. Y agregó: Debe ser por la tormenta, ocurre a menudo cuando hay descargas eléctricas.

—No temo —Dijo la señora y continuó: También la oscuridad me parece fascinante, mágica. Llena de misterios y siluetas ondulantes que se dibujan en nuestra mente, mientras las luces no pueden dar forma a la realidad cotidiana.

—¡Que bien lo ha descrito! Eso es lo que me ocurre cuando cierro fuertemente mis ojos. Al poco tiempo comienzo a ver extrañas y danzarinas figuras. ¡Creía que solo yo lo veía!

Las almas de esos dos seres, hasta hace pocos momentos, desconocidos se acercaban lenta e inexorablemente. El destino había querido reunirlos allí, en ese viejo ascensor...

¿El destino? Continúo...

—Sentémonos en el piso, así estaremos más cómodos. Esto puede durar un largo tiempo. —Dijo él mientras buscaba, en la oscuridad, las manos de ella y las tomaba en las suyas. Notó que sus manos estaban frías, temblorosas, expectantes...

—¿Qué le sucede? ¿Se siente mal?

—¿No discúlpeme... es que...yo... Hace rato que no sentía el calor de una mano tomando las mías. Me hace bien. Me hace mucho bien...

Aunque no podían verse adivinaban, tanto ella como el, la calidez de una mirada dulce que los envolvía y cobijaba, presagiando un sentimiento que crecía tan rápido como la tormenta, que afuera se hacía más y más intensa.

Ambos se sentaron en un rincón del ascensor, juntos. Muy juntos, peligrosamente juntos.

—Habrás que armarse de paciencia, la tormenta no parece querer detenerse. —Dijo Raúl. Sólo me preocupa mi padre. Está muy enfermo y...

—Lo sé. No se preocupe el estará bien...

—¿Cómo sabe que mi padre está enfermo?

—Me lo ha dicho usted, momentos antes de que se detuviera el ascensor. ¿Lo ama usted mucho verdad?

—Lo amo profundamente, con ese amor que nace de las entrañas. De las pequeñas cosas que me ha ido enseñando durante toda mi vida. De saber que siempre ha sido una persona digna de ser querida. Siempre feliz y admirando las pequeñas cosas de la vida. Hasta que... esa cruel enfermedad...

Ella le apretó la mano con fuerza. El notó que ahora sus manos ya no estaban frías. Estaban cálidas... como su aliento que le rosaba los labios, como una caricia frenética y enloquecedora. ¿Estaba ella tan cerca...?

—¿Su padre vive? —dijo Raúl, reponiéndose del trance arrollador que lo dominaba.

—No... no tengo familia... Aquí, es decir... mi familia está muy lejos y ya no los veo desde hace mucho tiempo.

—Ahora fue él quien le apretó la mano con fuerza. Las noto muy cálidas... calientes, abrazadoras. Afuera los relámpagos parecían haberse enloquecido. La atrajo junto a su cuerpo. Un rayo fulminante quebró la oscuridad del ascensor, mientras un trueno arrollador rompía el silencio profundo de la noche furiosa con ese encuentro inoportuno, inaceptable. Inevitable...

El beso avasallante selló aquel único e increíble encuentro entre dos almas que parecían ser una sola.

Raúl sintió que se elevaba. Alto. Muy alto. La lluvia le mojaba el rostro y el frío le atenazaba el corazón caliente... casi hirviendo...

Cuando despertó ya era de día. Estaba solo en el ascensor detenido frente a la puerta del departamento de su padre. Su ropa estaba húmeda y caliente. Perplejo salió del ascensor y se acercó al departamento donde habitaba su padre. Abrió la puerta y entró.

—Padre... ¿cómo estás?

—Bien hijo. ¿Y tú, dónde has estado...? ¡Sécate esa ropa! Ella dijo que subirías pronto.

—¿Ella?

—Sí. Tu bella amiga. Estuvo aquí por la noche, charlamos un rato, realmente fue como si nos conociéramos de toda la vida. ¿Sabes? Es una mujer muy cálida.

Al despedirse besó mi frente y me dijo: No se preocupe pronto estará bien. Raúl lo necesita, así que cuídese. Y aunque te parezca mentira se me quitaron todos mis dolores... casi mágicamente. Como si ya no estuviera enfermo.

Por qué no preparas un café y te cuento...

—¿Café?

—Sí y bien cargado. Ah! Me olvidaba, tu amiga dejó esta nota para ti.

Raúl tomó la nota y la leyó.

¿Qué, qué decía la nota? Imagínalo. Pues eso no me lo contó. El padre de Raúl no solía hurgar en las cosas de su hijo.

La historia que te he contado ocurrió. No a mí. Pero ocurrió.

Raúl hace muchos años que murió, pero su padre aún vive. En el mismo edificio en el que sucedió esta historia. Y tiene las mismas ganas de vivir de siempre...

A pesar de sus más de ciento setenta años.